

## Índice

Principios. . . . .	15
Cuchillas, sogas y un amplio surtido de venenos . . . . .	61
El Pico de las Ánimas. . . . .	67
Pájaro sin vuelo . . . . .	105
La Cuesta de los Ahogados . . . . .	109
El azul de las flores de los jacarandás . . . . .	157
El cielo en un espejo . . . . .	161
Finales . . . . .	183
1906. . . . .	191



A mi abuela Carmen,  
otra vez,  
siempre



Aziz, ¿ha calculado lo que va a costarle esta excursión?

E. M. FORSTER

*Pasaje a la India*



Aunque hayan pasado miles de años, sigue siendo el olor de las higueras de las tardes de mi infancia lo que me desvela en las negras madrugadas, como si durante mi sueño hubieran echado raíces al otro lado de la puerta, en el pasillo, en la cocina, por todas partes, el dormitorio de repente un revuelo de insectos, de recuerdos que hay que espantar a manotazos hasta que se posan de nuevo sobre el polvo de los muebles o en la bruma del espejo donde estamos todos vivos: si apoyo la frente en el azogue, mi padre un puntito que se aleja entre las olas; si retrocedo unos pasos, mi madre asomada al balcón diciendo adiós, adiós; si fuerzo la vista, yo una noche de terral, dormido en el autobús que me trae de vuelta a casa desde el Pico de las Ánimas, el vaho en el cristal de la ventanilla confundiendo con el vapor de la olla que mi abuela se enorgullecía de no haber fregado nunca, «De col está, de coles va», una manera como otra cualquiera de decir que si se había pasado la vida haciendo potaje en aquella olla, y esa semana también iba a hacer potaje, y potaje haría, seguro, la próxima semana, ¿por qué perder el tiempo fregándola? No había que ser Einstein para deducir que el poso del potaje de las semanas y meses y años anteriores se mezclaría con el potaje de esa semana, y que la combinación de toda aquella grasa potenciaría el sabor del potaje de la semana entrante, y así potaje tras potaje, hasta que un día, aunque se le olvidara echarle, no sé, garbanzos, nadie se daría cuenta, pues el potaje seguiría sabiendo a potaje y a garbanzos gracias a que la olla tenía lo que mi abuela

llamaba sustancia; y yo nos imaginaba a ella, a mis padres, a mis hermanos y a mí sentados a la mesa del comedor, los siete masticando garbanzos inexistentes que se desharían en la boca como los de verdad.

Lo mismo que con el potaje ocurría con el café de cada desayuno, más concentrado que el café del desayuno anterior.

La cafetera, cada mañana, con más roña que la mañana anterior. Por dentro, las paredes de la cafetera ya no lisas; por dentro, las paredes de la cafetera, grumosas. Mugrientas.

Posos, capas, estratos de café en el interior de la cafetera de la casa de mi infancia, que mi abuela también se negaba a fregar.

Si hubieran decidido someter la costra de suciedad de nuestra cafetera a la prueba del carbono-14, sabe Dios a qué conclusiones habrían llegado los científicos. A qué época. A qué era.

El holoceno. El pleistoceno. El plioceno.

El café de la casa de mi infancia, un café atómico.

Te tomabas una taza, y fuego por las venas. Te tomabas dos tazas, y un subidón de adrenalina. Te tomabas tres, y taquicardia.

¿Sería por eso por lo que nadie venía a vernos?



# Principios



Cuando, con un año de diferencia, nacieron mi hermano Sebas y mi hermano Bruno, nuestra casa se llenó de parientes, de amigos de la familia y de eso tan antiguo que llamábamos «visitas»; también de risas y de ramos de flores.

Cuando nació mi hermano Curro, recuerdo a los parientes, a los amigos y a las visitas, pero de las risas y los ramos de flores no consigo acordarme. Nadie nos dio la enhorabuena.

Nuestra casa se pobló como de sombras. Espectros que se asomaban al precipicio de la cuna y suspiraban.

Más que de sombras, de lo que se llenó nuestra casa fue de suspiros.

«Que Dios se lo lleve pronto.»

«Pobre angelito.»

«Tenéis que ser fuertes.»

Hasta que, poco a poco, las sombras desaparecieron. Los parientes, los amigos, las visitas.

No, no fue el café de mi abuela el culpable de que ya nadie viniera a vernos.



«A este niño lo saco yo adelante –juraba mi abuela. Y añadía, como mujer devota que era–: Santa Cojona Bendita.»

Mi abuela, ahora, sonrío en blanco y negro.

Mi abuela ya no mi abuela: mi abuela, las cenizas de mi abuela. Un nicho entre cientos de nichos, un búcaro, unas flores de plástico.

*Descanse en paz.*

Mis visitas al cementerio son tan escasas que siempre se me olvida cuál es el nicho de mi abuela y cómo llegar hasta él, así que siempre –siempre– tengo que pedirle un plano al sepulturero. Como es cojo y se apaña mal con las muletas, el sepulturero prefiere moverse lo menos posible y guarda los planos fotocopiados en un cajón, de donde los va sacando para marcar con una equis el pariente que buscas. Entonces, plano en mano, busco a mi abuela como si buscara un tesoro.

Mi abuela diciendo: «Niño, tienes mala cara, ¿seguro que comes bien? Recuerda que el desayuno es la comida más importante del día».

Mi abuela, encantada de que tuvieras mala cara, aunque lo tuyo no fuera nada, absolutamente nada, comparado con lo suyo. Lo suyo siempre era peor, muchísimo peor. Peor, incluso, que lo de mi hermano Curro.

Un análisis de orina acababa de demostrar que se estaba muriendo a chorros, por eso mi abuela sonrío en la foto con la que decidimos decorar su pequeña «parcela» del columbario, como la llamaba mamá. «La urbanización», la lla-

maba mi padre con sorna: «Vamos a la urbanización de la abuela, así le hacemos kilómetros al coche».

Qué sonrisa la de mi abuela mientras agitaba el informe del ambulatorio y nos lo restregaba por las narices:

–Tengo velocidad en la sangre, ¿lo veis? –Y volvía a leer–: «Velocidad de sedimentación en sangre», aquí lo pone bien clarito. O sea, que la sangre me circula por las venas a mil por hora, lo mismito que un Ferrari. ¡Podría darme un jamacuco en cualquier momento! –Le brillaban los ojos, ¿sería de orgullo?–. Y vosotros os creíais que eran imaginaciones mías...

Y yo:

–Pero abuela, si todos tenemos velocidad en sangre.

–Qué sabrás tú. ¿Acaso eres médico? No, ¿verdad? Pues a callar.

El resto del día lució aquella sonrisa con la que nos desafiaba en la hora de su muerte. Por eso la inmortalicé con la Kodak de mi Primera Comunión, para recordarla después; como también recuerdo, no se me olvida, la que me dedicó cuando rescaté para ella la vieja postalita del Pico de las Ánimas. Mi abuela tan poco dada a la felicidad desde que mamá le obligó a abandonar su casa en aquellas calles en cuesta y a venirse a vivir con nosotros; quizá no haga falta puntualizar: sin consultárselo a papá.

Cada mañana mi abuela amanecía con una enfermedad nueva. ¿Que el dolor de espalda le había impedido dormir? «Se me está desmoronando el esqueleto.» ¿Que por culpa de un flemón no había pegado ojo? «Tengo cáncer en la boca, ¿os apostáis algo?» ¿Que durante la comida había rebañado el tuétano de los huesos del cocido? «Sufro el mal de las vacas locas.» Como mínimo.

Mi abuela, entretenida con la gangrena que avanzaba por su pierna derecha y por su pierna izquierda, a ver cuál de las dos le amputaban primero, o fascinada por los miles de virus

que chapoteaban en el agua bendita de la pila de la iglesia en la que cada domingo sumergía la mano antes de persignarse e invadir de microbios su vestido y su organismo. «Mira que le tengo dicho al párroco que no está de más que hierva el agua –rezongaba–. El que evita la ocasión, evita el peligro.»

Mi abuela coleccionando dolencias como quien colecciona ceniceros robados en las habitaciones de los hoteles. El cáncer era su enfermedad favorita. ¡Había tanto donde elegir!: de estómago, de páncreas, de colon, de piel. El cáncer, más que una enfermedad, un bufé libre.

Mi abuela, hipnotizada delante de la tele, devorando episodios de *Dr. Kildare* y descubriendo el mal de Seyffertitz y el mal de Creutzfeldt-Jakob y la mortífera variedad de Knäckebröd, que te envía a la tumba al primer estornudo. Mi abuela aprendiendo a deletrear los nombres de nuevas infecciones que sirvieran para explicar su falta de apetito o su excesivo apetito, la rigidez de sus articulaciones, su sordera, su malhumor. Mi abuela aconsejando que le hicieran un TAC a mi hermano Curro cada vez que se caía al suelo. Y eso que mi hermano Curro se caía al suelo cada dos por tres. Prácticamente vivía en el suelo, mi hermano Curro.

Mi abuela quejándose: «Nos han alargado la vejez, no la vida». Protestando: «Me estoy muriendo de pie y no me hacéis caso». Suspirando: «Ya os acordaréis de mí cuando lleguéis a mi edad, ya». Y tras una pausa dramática: «Si llegáis».

Lástima que no viviera para ver *Urgencias* y *Hospital Central* y *House* y *Anatomía de Grey*. Se habría sentido en la gloria.

No murió del mal de Sans-Gêne ni del mal de Kungsholm; tampoco del peligrosísimo mal de Schleswig-Holstein, que se diferencia de Schleswig-Holstein, el Estado federado alemán, en una ese de más.

Murió de vieja, mientras dormía. Soñando, quizá, con su casa en el Pico de las Ánimas. O puede que con un cáncer

de lengua o de laringe. O con el sarcoma de Feyder. O con el síndrome de Schlee. Cualquier enfermedad que le hiciera la vida no más interesante, sino, simplemente, interesante. Cualquier dolencia que superara en gravedad a las de sus amigas.

La Perruna. La Top Secret.